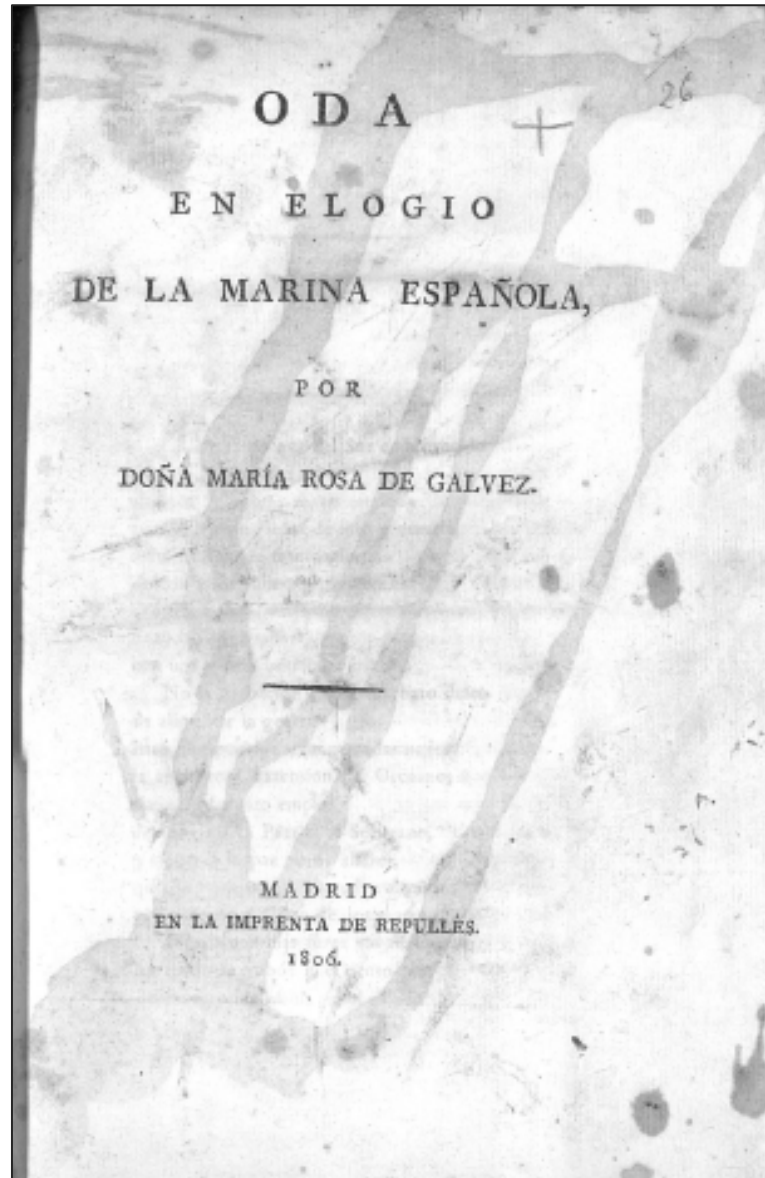


AUTORA	Gálvez, María Rosa
TÍTULO	<i>Oda en elogio de la Marina Española</i>
DATOS BIBLIOGRÁFICOS	Madrid: Imprenta de Repullés, 1806, 12 pp.
EJEMPLAR	Biblioteca Nacional Española, R/60249(26)
NOTAS	Poesía lírica en la que se alaba la actuación de la Armada Española
EDICIÓN	Beatriz Domínguez Galindo
RESPONSABLE	María D. Martos





[p. 1] [Portada]

Oda en elogio de la Marina Española, por Doña María Rosa de Gálvez
Madrid: en la imprenta de Repullés. 1806.

[p. 2] [En blanco]

[p. 3] En tanto que del Sur embravecido
anuncia la tormenta
el soplo agitador, ronco estallido
lanza el cañón, señal de luto y muerte,
señal terrible de futura gloria
debida a los valientes campeones

que del honor de España
fijan la ilustre suerte
con una y otra inimitable hazaña.

No la ambición, no el bárbaro deseo
de alimentar la guerra
hace que pueblen con armadas naves
la anchurosa extensión del océano;
más sí el heroico empleo
de vengar a la Patria, al Soberano,
y elevar a la paz puros altares,
que de Europa Albión audaz destierra
por usurpar el centro de los mares.

Nunca con más furor naval combate
horrendo se trabó: ni el denso caos
de ennegrecida niebla, ni el silbido
[p. 4] del viento pavoroso,
ni el tropel de las ondas borrascoso
pudo arredrar los héroes: ya tendido
el pabellón Hispano
vaga a merced del aire, y sus Leones
en tan gloriosa empresa
vuelan a par del águila francesa.

Forman las naves prolongada línea,
presentando erizados
de hierro, bronce y fuego sus costados:
la osada intrepidez, la confianza,
la firmeza, el honor y el heroísmo
inflaman igualmente en tal instante
al marinero, al noble comandante;
y sobre los alcázares movibles
los valientes guerreros
desnudan las espadas invencibles
y el fusil montan; que en la atroz matanza
muerte imprevista al enemigo lanza.

Desde la excelsa popa de su nave

Nelson contempla airado
lo que anhela vencer; de los bajeles
ve el rumbo combinado,
que al combate atrevido se adelanta;
y mal seguro de su antigua gloria
iza al tope mayor de la Victoria¹
señal de acometer por divisiones;
pero con furia tanta,
que pueda en la enemiga arboladura
sus jarcias enlazar: de sus pendones
siguen la muda voz los fuertes leños,
y por la niebla oscura
rompe a su frente la feroz discordia
[p. 5] con su funesta antorcha, iluminando
el odio que a las naves va guiando.

Cual suelen al embate repetido
del horrible terremoto
luchar unas con otras las montañas,
lanzando el encendido
azufre de sus cóncavas entrañas,
así al trabarse la naval pelea
se acometen, se estrellan, se destrozan
las embreadas y aniquilan,
del cañón arrojando el rayo ardiente.
Nelson audaz desea
romper la fuerte línea, pero, en vano,
una vez y otra con furor se avanza
por donde lidia un campeón hispano:
entonces su venganza
a par del triunfo asegurar procura,
aspirando a la gloria
de rendir nuestra Real² su Victoria.

Furioso manda que torcidos cabos

¹ El navío Victoria, almiranta inglesa, que montaba Nelson.

² Navío Trinidad, comúnmente llamado la Real de España.

arrojen de su nave a la española,
como a segura presa
que teme le arrebate el mar o el viento,
más invencible, y sola
ve cien brazos tender de sus costados,
que asiendo en un momento
los cabos embreados,
de las ondas cortando la distancia,
muerte o victoria grita su constancia.

Vacila Nelson al mirar el brío
que se ostenta en los pechos españoles,
y el naval desafío
[p. 6] teme que afrente su adquirido lauro;
auxilios pide y sus veloces naves
vuelan en su socorro,
la enemiga rodean,
y por rendirla con furor pelean.

No de otra suerte del ardiente abismo
del Etna pavoroso
saltan globos de fuego en humo envueltos,
como en el choque bárbaro espantoso,
al horrendo estampido
de la pólvora atroz vuelan mil muertes;
en torbellinos densos
el vapor inflamado al cielo sube,
y, sin cesar, de tan funesta nube
ilumina el cañón el centro oscuro:
arder se ven en rabia confundidos,
y regados con sangre los bajeles,
mientras cien voces, fuego repitiendo,
doblan el triste y el marcial estruendo.

Entre el estrago fía en su ventaja
Nelson del triunfo la dudosa suerte;
abierto y destrozado
vio al español bajel y, alborozado,

victoria fue a decir, cuando la muerte
llegando enfurecida,
le arrancó la palabra con la vida.

Yace cadáver el feroz britano;
y ¡oh, siempre a tanta costa sus laureles
compre Albión! ¡Oh, siempre sus bajeles
se abismen, como el fiero Soberano³
del Príncipe de Asturias combatido,
fue en el mar turbulento sumergido,
sepultando en su seno el vil tesoro⁴
[p. 7] que de la Europa entera
compró la destrucción... Mas, Musa, vuelve
a celebrar las ínclitas acciones
de la naval batalla, mira donde tremolan los pendones
del Águila francesa arderse el viento,
y el mar hervir en rayos centelleantes;
cual de preñadas nubes fulminantes
baja inmenso granizo despeñado,
del relámpago y trueno acompañado.

Canta el caudillo, que miró rendirse⁵
el pabellón Britano a su denuedo,
que al sentir a sus plantas desplomarse
el vacilante alcázar destruido,
donde lidiar no tuvo,
y a la suerte cedió sin ser vencido.

Impávidos en tanto por donde quiera
sus fuertes compañeros
combaten con tesón, cual, olvidado
de la profunda herida que recibe,
pelea hasta espirar; cual, denodado
sobre el cadáver yerto de su amigo,
al cañón enemigo

³ Navío Soberano, echado a pique por el Príncipe de Asturias, que montaba Gravina.

⁴ Doscientas mil libras esterlinas que venían a bordo del Soberano.

⁵ Don Antonio Pareja, que antes de hundirse el alcázar de su navío hizo arriar bandera a uno inglés de tres puentes.

sirve de blanco, salpicado en sangre;
otro, privado de los fuertes brazos
por bala destructora,
presta a los artilleros diligentes
la pavorosa mecha con los dientes;
y otro, que informe tronco
yace tendido al pie de la cureña,
previniendo la seña
que hacen para alejarlo, ansioso exclama:
“Dejadme, compañeros,
[p. 8] dejadme aquí espirar... ¡vano socorro!
Yo no puedo vivir, pero contento
puedo junto al cañón mi último aliento
exhalar, provocando vuestro brío:
mi sangre por venganza
clama: vedla correr, bañad en ella
vuestros heroicos brazos,
y en menudos pedazos
prueben la misma suerte
los que me dan tan horrorosa muerte”.

Dijo, y en los raudales de sus venas
empapando feroz la mano helada,
con ella macha a sus amigos todos,
y “mueran”, grita; y espiró: responden
a su postrer suspiro
sus compañeros, redoblado el fuego;
y su espíritu luego
de los mortales lazos desatado,
vuela al augusto templo
de la inmortalidad, acompañado
de ilustres sombras que, de sangre tintas,
y ornada de laurel la frente yerta
abren gozosas la celeste puerta.

¡Eterna gloria a vuestro heroico brío
las cítaras de Iberia

hoy repiten al par del canto mío!
Más ¿quién de tantos héroes las hazañas
pudiera numerar? Lleva sus nombres
la fama por el ámbito del mundo,
y ejemplo sin segundo
dejaron con su muerte a los valientes,
que su esfuerzo imitando
siguieron invencibles peleando.

[p. 9] Viose cubierto el campo cristalino
de naves destrozadas,
que en el inmenso espacio
se hundieron de las ondas encrespadas;
y en el sacro Palacio
de Neptuno estrellándose, a sus ojos
acinados cadáveres presentan,
que la mansión purísima ensangrientan.

Airado el Dios la coronada frente
alza, en ella pintando sus enojos;
deja el trono de nácar y el tridente
poderoso blandiendo,
con ronza voz que el belicoso estruendo
pudiera ensordecer, dice: “¿Hasta cuándo
será que en sus furores los mortales
turben la paz de mi feliz morada?
¿No bastará a su ambición llenar la tierra
de llanto y exterminio,
sin que también los plácidos cristales
sirvan de campo bárbaro a su rabia?
Ondas, que de mi imperio vagaroso
formáis la monarquía,
sepultad implacables este día
los que insultando mi poder pelean
y a un tiempo todos sumergidos sean”.
Dijo, y a su voz dócil, encumbrados
montes de espuma el mar alzó rugiendo;

sobre ellos a las nubes se levantan
las naves combatientes;
y su rencor las olas dividiendo
enfurecidas saltan,
con horrendos vaivenes arrastrando
los rotos leños de uno y otro bando.

[p. 10] Suena el clamor, la oscuridad se aumenta,
desencadena el huracán Eolo,
y el marinero en vano en la tormenta
busca la estrella del helado polo;
muerte y muerte no más por todas partes
los peñascos, el viento, el mar, el cielo
le presentan sañudos;
y a tanto horror como en su daño crece
él se abandona y sin temblar perece.

Neptuno de su carro aljofarado
aguija los marítimos dragones,
y vuela en medio del terror; su saña
vuelve la airada vista
a la desierta arena, que el mar baña.
Más ¡ay! que entonces su feroz enojo
mil veces detestó: ¡cuántos caudillos,
espanto de Albión, gloria de España,
vio de sus iras mísero despojo!
¡Y cuánto le destroza el fiero pecho
escuchar en el muro gaditano
el doliente clamor!... Ya sin ventura
la desolada madre busca en vano
en la orilla el cadáver de su hijo:
teme la tierna amante
la suerte de su amado y calla y gime;
más la esposa infeliz desesperada
va por la playa errante,
y en uno y otro pálido semblante
hallar pretende a quien su pecho adora,

y al fin entre sus brazos lo recibe,
moribundo lo estrecha, y dice... "aún vive".

Pero ¡cuán generosos el socorro
prodigaron lo pechos españoles
[p. 11] igualmente al contrario y al amigo!

La deidad de los mares que, testigo
fue de su compasión y sus hazañas,
así exclamó: "mi cetro será vuestro,
heroicas alas del consuelo dignas
con que el Monarca Hispano,
y el Héroe de la Paz al valor premian;
dignas de la nación que tantas veces
en mi campo argentado
tremoló su estandarte laureado;
y nunca podrá el tiempo de la gloria
privaros, esforzados campeones,
que eterna la memoria
será de vuestras ínclitas acciones."

"Y vosotras, ¡oh ninfas de la Hesperial,
verde laurel y vencedora palma
prevenid a los héroes valerosos,
honor del suelo hispano; y cuando llegue
joven amante vuestro amor buscando,
decidle, señalando
estos mares: Allí los defensores
de la patria de gloria se cubrieron;
imitad su valor, y si algún día
vuestro nombre celebra a par del suyo
la voladora fama,
del Mirto ceñiréis la hermosa rama."

[p. 12] Notas

- (1) El navío Victoria, almiranta inglesa, que montaba Nelson.
- (2) Navío Trinidad, comúnmente llamado la Real de España.
- (3) Navío Soberano, echado a pique por el Príncipe de Asturias, que montaba Gravina.

(4) Doscientas mil libras esterlinas que venían a bordo del Soberano.

(5) Don Antonio Pareja, que antes de hundirse el alcázar de su navío hizo arriar bandera a uno inglés de tres puentes.

[p. 13] Elogio del excmo. señor Don Federico Gravina, Capitán General de la Real Armada.

Por Don José Rior de Fuentes.

Madrid [ilegible]